

ESPLENDOR DE UNA VÍCTIMA

El martirio de sor María Guadalupe Ricart Olmos

Monja Sierva de María

(23/02/1881 – 2/10/1936)

Madrid 2001

Traducción: fray Andrés M^a Boluda Mud, osm

Título original: *L'Amore Insanguinato*

PRESENTACIÓN

El 11 de marzo del año 2001 fue beatificada sor María Guadalupe Ricart Olmos, monja de la Orden de los Siervos de María, asesinada en Silla, provincia de Valencia (España) el 2 de octubre de 1936.

El proceso de su martirio ha demostrado perfectamente la santidad de vida que condujo precedentemente sor María Guadalupe entre los muros del monasterio, el gran aprecio que sus compañeras tuvieron siempre de sus virtudes, y las edificantes conversaciones que, en más de una ocasión, enmarcaron lo que más tarde fue el dramático epílogo de la vida de la Madre Guadalupe.

El devenir terreno de sor María Guadalupe se introduce, en la fase de su madurez, en el amplio marco de la situación política de la España, primero monárquica y más tarde republicana, de los años '30.

Las relaciones familiares, lo que acontece en el ámbito claustral y la influencia que tuvo la política nacional, más allá y por encima de la estricta competencia del gobernante, asumiendo ésta progresivamente el aspecto de la ideología centralista de cualquier forma cultural y social, se van entrelazando progresivamente como en una filigrana. La intolerancia que caracterizó aquellos años verdaderamente oscuros en la historia de la España, hace parte del panorama más amplio de los hechos que convulsionaron la historia de la Europa de entonces. El fascismo y el nazismo por un lado, y el socialcomunismo por otro, junto a la exaltación de la anarquía como expresión de una elevada conciencia social, produjeron daños irreparables, tantos que caracterizaron al siglo XX como un periodo de violencia antes inaudita y que encontrará su culminación en el uso increíble de la fuerza nuclear con fines bélicos.

En la evolución progresiva de la violencia anticlerical iniciada ya en la República Soviética y más tarde en México durante los años '20, hay que encuadrar la propagación paulatina de los actos de violencia que se dieron en tierra española al inicio de los años '30.

Evocar hoy, al inicio del tercer milenio, tantos hechos de sangre y tanto odio fraterno, produce en nuestro ánimo un sentimiento de profunda tristeza unido a la preocupación por que un mal tan grande no haya de repetirse jamás. Al menos es reconfortante pensar que la malicia humana, a la que se ha dado tanto espacio y tanta

libertad en este último siglo, haya encontrado en la fe y el valor de los humildes el muro insuperable y victorioso del amor.

Esta constatación es un buen auspicio. De hecho, la sangre derramada de los mártires ha sido siempre el germen más fecundo en la milenaria historia de la Iglesia. Los mártires nos recuerdan la profecía de Isaías: «No temáis el desprecio de los hombres, no desmayéis ante sus ultrajes: pues la polilla los roerá como a la ropa, como los gusanos roen la lana; pero mi victoria durará por siempre, mi salvación de edad en edad» (51,7-8).

Las noticias que presentamos al lector están extraídas, en su mayoría, de las Actas del proceso sobre el martirio de sor María Guadalupe Ricart Olmos. La base, por tanto, de la biografía está constituida por los testimonios oculares, ya sea de las monjas que vivieron con la futura beata en el monasterio de Valencia, como de sus familiares directos y de las personas que siguieron de cerca el cruento epílogo de su vida y en cuya casa la mártir estuvo hospedada, ofreciéndoles así la ocasión de apreciar sus luminosas enseñanzas de fe y demostrando un extraordinario amor a Jesús y a la Virgen Madre.

LA VOCACIÓN

En plena huerta, a unos 9 Kilómetros de la ciudad de Valencia¹, se halla Albal, una población de líneas sencillas, de aproximadamente un millar de habitantes que se dedican básicamente a tareas agrícolas, como principal fuente de riqueza.

El relato que vamos a narrar se remonta a los últimos decenios del siglo XIX y más concretamente al día 23 de febrero de 1881², cuando en la humilde casa de los esposos Francisco Ricart y María Olmos Dalman nació la pequeña María Francisca, protagonista de la historia que nos ocupa. Antes que ella había visto la luz entre aquellas mismas paredes, otro hermano, José; y después de ella, en aquel hogar de amor abrieron sus pequeños ojos al mundo otros dos hermanos: Antonio y Filomena³. Esta última nació en 1885, pocos meses después de que el padre, afectado de peste, subiera al cielo.

Su buena madre, retenida por todos una santa, tuvo la no indiferente tarea de criar sola a sus cuatro hijos en el amor y en el temor de Dios. La educación de los tres hijos más pequeños le fue fácil en comparación con la de José, el primogénito, que quizá por haberse quedado tan pronto privado de la figura paterna, no sólo no escuchó los consejos maternos, sino que, como veremos a continuación, ya de mayor, seguirá el camino opuesto.

Conseguir dominar el carácter impetuoso de estos hermanos valencianos fue una labor considerable para la madre, según se desprende de lo que cuenta Filomena sobre su hermana María Francisca, de quien recuerda que era de una exhuberancia tal y tan inquieta que, la impulsaba a hacer travesuras, en las que destacaba su instinto natural al liderazgo. La vivacidad de María Francisca era talmente desbordante que no conocía límites ni siquiera en el ambiente de la iglesia parroquial, llegando incluso en alguna ocasión a molestar a los asistentes y creando problemas sobre todo a su madre, que tendría entonces una treintena, y que, a menudo, no sabía a qué santo invocar para que la pequeña se estuviera quieta.

Naturalmente, llegó un momento en el que el buen párroco, Don Vicente Pastor, intervino, no obstante hubiera tenido la mayor comprensión posible. A pesar de ello

¹ *Positio super Martyrio*, VI, p. 16.

² No hay ningún documento que autentifique los testimonios oculares, ya que toda la documentación existente en el archivo parroquial y en el antiguo monasterio de Valencia fue quemada por los *Rojos*. Con este término se suele designar aquellas personas que formaban parte de la *Izquierda* del Pueblo, es decir los Republicanos, los Socialistas, los Comunistas, los Anarquistas.

³ *Positio super Martyrio*, testimonio de Filomena Ricart Olmos, VI, p. 26.

tanto la madre y los hijos no dejaron de frecuentar la iglesia. Al trabajo del campo le seguían los días de descanso dominical y las festividades litúrgicas, vivamente celebradas por todos los fieles del pueblo, quienes en comunión de fe alababan a Dios unidos por los mismos sentimientos.

En este ambiente se desenvuelve la infancia de María Francisca. Como todos los muchachos y muchachas de su edad también ella recibió la educación básica con notable provecho. Es unánime el reconocimiento de su elevada capacidad intelectual, aunque una vez acabado el periodo escolar, no continuó sus estudios, sino que se dedicó a las tareas domésticas propias de las mujeres de entonces.

Todavía sigue vivo el recuerdo de las travesuras que hacía María Francisca. Una de sus especialidades era la de unir con alfileres los vestidos de las señoras que hablaban en corro, para reírse después descaradamente cuando se disponían a separarse. Si esto fue siempre considerado como una broma inocente e incluso cariñosa, otra consideración merecían los premios obtenidos por su participación en el Mes de María. Para conseguirlos, ella solía cambiarse sucesivamente de sitio, resultando premiada más de una vez por la misma causa⁴.

Pese a su notable exhuberancia, la jovencita se caracterizó siempre por una corrección en el hablar fuera de lo común y por el gran respeto que tenía hacia los demás.

¿Qué hizo María, la madre, para calmar a su hija? Ante todo la animó a formar parte de los grupos de la parroquia. De esta manera comenzó la presencia de la pequeña María Francisca en las distintas asociaciones, siendo el *Rebañito del Niño Jesús* la primera de la que hizo parte.

A los 10 años, tomada ya la Primera Comunión (de la que se tratará en breve), se inscribió en las *Hijas de María y de Santa Teresa* y en otra Congregación que tenía como fin la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Consciente del gran don que había recibido del Señor y sintiéndose mayormente responsable por la formación adquirida en las catequesis de preparación al banquete eucarístico, se volvió más seria, por así decir, dejando de lado el modo de ser que había tenido anteriormente. Hoy por hoy no resulta fácil determinar cuál fue la causa de esa transformación. Lo que se desprende de la

⁴ *Ib.*, VI, p.27.

documentación de que se dispone es el hecho mismo del cambio, evidente a los ojos de todos, cuando cumplió los doce años⁵.

Como momento cumbre de este camino podemos citar la amistad que mantuvo con la señorita Francisca Pendi (más tarde religiosa de las *Obreras de María Inmaculada* y que, a su vez, fue mártir de la persecución marxista⁶), y en aquellos años directora y maestra del coro parroquial. La asistencia al coro parroquial consolidó la presencia asidua de María Francisca a la iglesia y, en un modo particular, a los sacramentos. En las Actas del proceso se recuerdan la misa diaria y la comunión semanal a las que solía asistir ante la admiración de sus vecinos. A propósito de la comunión semanal, no olvidemos que se trataba de la sociedad civil de finales del ochocientos. Por entonces, de hecho, para poder recibir la comunión diariamente, se tenía que recibir la autorización expresa del confesor, ya que estaba considerada como una práctica excesiva según aquella mentalidad, en la que todavía era muy fuerte la influencia del jansenismo.

El día de su Primera Comunión hubo una gran fiesta en el pueblo. Pero el hecho que más impactó al párroco, Don Vicente Pastor, fue la respuesta obtenida precisamente de María Francisca durante la ceremonia. Efectivamente, en aquella festiva celebración el sacerdote dirigió a las niñas que iban a comulgar una pregunta muy precisa: «¿Alguna de las presentes desea entregarse a Dios para ser Su esposa y ser enteramente Suya?». Siguió un momento de incertidumbre. Luego se alzó una mano y tras ella una niña que con voz clara respondió: «Yo quiero serlo». Aquella niña tiene un nombre: María Francisca Ricart Olmos⁷.

Cuando estas palabras se propagaron por toda la nave de la iglesia parroquial ante el asombro de todos, la niña autora del hecho tenía sólo 11 años de edad, demasiado pocos para tomarla en serio. No sólo la madre era de tal parecer sino también el párroco. Tendremos que esperar a que pasen algunos años antes de que María Francisca concrete el deseo expresado en el marco festivo de su Primera Comunión.

Serían precisamente estos años de espera los que marcaron la participación de María Francisca en las asociaciones parroquiales. Además de la oposición inicial de su

⁵ Nos lo asegura su hermana Filomena: «A la edad de doce o trece años, comenzó a gastar menos bromas y a hacer menos travesuras, mostrándose más reflexiva». *Positio super Martyrio*, VI, p. 27.

⁶ Fue asesinada junto a sor María Guadalupe. Cf. *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p.78, ad 47.

⁷ A decir verdad, de este episodio se dan versiones algo dispares. En algunas se habla de la fidelidad al Señor, y por tanto de no ofender a Jesús con el pecado (cf. *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 108); en otras, de la promesa de consagrarse a Dios (cf. *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 50 ad 6).

madre, en los años sucesivos se manifestó claramente la persistente disconformidad de su hermano mayor, José, que estaba atravesando el periodo de la adolescencia. La mayor parte de sus compañeros se declaraban en contra de la Iglesia y de los curas, vistos como ricos que se aprovechan de los pobres. No se puede decir que José haya aprendido tales ideas bajo el techo familiar. Con mucha probabilidad las necesidades de la familia, agravadas por la ausencia del padre, fallecido bastante joven como ya hemos dicho, y que dejó cuatro hijos pequeños bajo la tutela materna, hayan incidido en la conciencia del muchacho que, desde la muerte de su padre, se vio como catapultado hacia una responsabilidad que no casaba bien con su inexperiencia ante la vida y frente a la falta de preparación ante la multitud de problemas que, a lo largo de la evolución normal, se le plantean a una familia. La oposición del hermano mayor marcó, de todos modos, para siempre, las relaciones entre él y su hermana María Francisca, a la que nunca fue a visitar al monasterio y con la que rechazará tener cualquier tipo de contacto⁸.

Por el contrario, la madre y los otros hermanos pequeños, coinciden unánimemente en asegurar que las intenciones de María Francisca eran las de ser religiosa, con el beneplácito de toda la familia, hasta el punto de que percibían ciertos sentimientos de santo orgullo al considerarlo como un don, para ellos, recibido en la persona de su hermana mayor⁹.

Pero, ¿cuándo y cómo tuvo lugar la entrada en el monasterio de Valencia? Fue el jueves día 11 de junio de 1896. No fue una decisión improvisada. A pesar de su naturaleza extrovertida y arrolladora, María Francisca notaba dentro de sí una inclinación particular hacia la vida contemplativa. Le gustaba mucho orar a Jesús estando sola y pasar largos ratos con Él para decirle lo que manaba de su espíritu expuesto a las vicisitudes de cada día. Jesús fue, pues, su amigo secreto, a quien se le podía confiar todo y por quien se sentía siempre escuchada y comprendida.

⁸ Con pesar desvelamos la sospecha, surgida en las Actas del proceso, de que haya podido ser el hermano mayor, José, quién denunciara la presencia de la monja de Valencia en casa de su hermana Filomena, ya que el hijo de éste, uno o dos días antes del arresto, fue a visitar a su tía. José era uno de los Rojos más radicales y pertenecía al Comité. Fue el testigo Antonio Vila Romero, casado con Josefa Muñoz Ricart, sobrina de la mártir, quien manifestó ante los Jueces la sospecha antes mencionada.

⁹ Por razones de justicia, añadimos que hasta pocos días antes de su entrada en el monasterio, solamente eran tres las personas que estaban al corriente del deseo de la joven Francisca: su madre, el párroco y Francisca Pendi, su amiga, martirizada al igual que sor María Guadalupe. Conocemos la existencia de este estrecho círculo gracias a la declaración de Filomena, hermana de la mártir. Cf. *Positio super Martyrio*, VI, p.16.

La elección del monasterio de Valencia culmina la historia de una larga amistad entre la familia Ricart Olmos y la familia Carbonell, de la que la Madre Teresa, monja del monasterio de *Al Pie de la Cruz* de Valencia, era una de las hijas. María Francisca había acudido en varias ocasiones a aquellos muros para acompañar (y para visitar ella misma) a los familiares de su amiga Teresa. El tema de su propia consagración a Dios, surgido en plena ceremonia litúrgica parroquial el día de su Primera Comunión, era de dominio público y no podría faltar alguna alusión durante las visitas al severo convento de clausura valenciano. A decir verdad, sor María Teresa cultivó la secreta esperanza de contar con la presencia en el convento de la pequeña María Francisca; sin embargo, para que hubiese podido hablar abiertamente del asunto era imprescindible una mención previa por parte de la interesada. Lo que ocurrió a medida que ésta se acercaba a la edad de los quince años. Fue, precisamente, en aquella ocasión cuando todo maduró por sí mismo: la petición definitiva de María Francisca, el consentimiento de su madre y del párroco Don Vicente Pastor y el apoyo moral de sus hermanos, salvo la descontada oposición de José. Incluso sus parientes vieron con buenos ojos la decisión de la quinceañera. Así fue como, feliz, entró en el monasterio, decidida a no salir jamás del él.

MONJA SIERVA DE MARÍA

¿Era consciente María Francisca de lo que suponía su decisión de entrar en el monasterio? ¿Sabía quiénes eran aquellas monjas y cuál era la espiritualidad en la que se inspiraban sus vidas?

Estas preguntas merecen nuestra total consideración. Sin duda fue informada y puesta al corriente de todo ello. Nos lo confirman los sucesos acaecidos tiempo más tarde. Por ahora podemos decir que el monasterio de *Al Pie de la Cruz* pertenecía a la Orden IIª de los Siervos de María y que fue fundado el 5 de mayo de 1598 por once monjas procedentes del monasterio de las Siervas de María de Sagunto¹⁰. Es de todos sabido que la espiritualidad de la Orden Servita hunde sus raíces en el misterio de la Virgen María al pie de la Cruz, venerada como «Virgen Dolorosa». El monasterio en cuestión, imbuido de esta espiritualidad hasta en su mismo nombre, podríamos decir que representa, del modo más vivo, la tradición de la Orden a la que hace referencia¹¹.

No es de extrañar. El periodo de mayor auge de una espiritualidad centrada en la reflexión y participación en el misterio de la Cruz, se remonta al siglo del que estamos hablando. El más grande místico español, el carmelita san Juan de la Cruz, vivió justamente en la España del 1500. Los documentos más fiables que contienen los datos de la implantación de la Orden de los Siervos en tierras de España, datan precisamente de este siglo. También dentro de la Orden se va profundizando en la devoción a la Virgen Dolorosa, como nos resulta de la *Cronica nostre religionis* iniciada en 1521 por fray Felipe Mª de Bolonia, llamado el Sgamaita, en la que se recuerda que «la reflexión sobre los dolores de la Madre no puede ir separada de la meditación sobre la pasión del Hijo»¹².

Esta tradición espiritual, que se remonta a la *Legenda de origine Ordinis*, encierra el sentido profundo del carisma de los Siete Padres Fundadores, que al recibir el hábito de manos de la Bienaventurada Virgen María, contextualmente aceptaron

¹⁰ V. LORENTE PÉREZ, *La Provincia Española O.S.M. en el s. XVII, Según un manuscrito de Fco Epifanio Cedó (para obtener el diploma en historia y espiritualidad O.S.M.)*, Roma 1995, p. 33.

¹¹ Añadimos al respecto que el nombre de *Al Pie de la Cruz* coincidía con el de la calle en la que estaba ubicado el monasterio. ¿Fue el monasterio el que dio nombre a la calle o fue al contrario? A esta pregunta no estamos en grado de responder.

¹² Cf. G.M. BESUTI, *Pietà e Dottrina Mariana nell'Ordine dei Servi di Maria nei Secoli XV e XVI*, Ed. Marianum, Roma 1984, pp. 102 e 117.

también la misión de «representar expresamente el dolor que ella sufrió en la amarga pasión de su Hijo»¹³.

De la documentación que poseemos se desprende que, en la España del 1500 quedan huellas de la labor llevada a cabo por los frailes Siervos de María (con toda probabilidad hubo presencias anteriores al siglo XVI, pese a que subsistan dificultades objetivas para encontrar la documentación pertinente)¹⁴.

Por lo cual, no nos sorprende que en el monasterio de Sagunto, a finales del siglo XIX, se fuera muy sensibles ante la necesidad de profundizar en el misterio de los dolores de la Virgen Bendita por su participación activa en la pasión de su Hijo; de igual modo no resulta extraño que el mismo nombre del monasterio de Valencia expresara desde su fundación la importancia de la devoción a la Virgen de los Dolores.

Sagunto dista de Valencia unos treinta kilómetros. El monasterio de las monjas servitas, ubicado en la rica llanura valenciana, estaba formado por una numerosa comunidad. Este particular nos ayuda a comprender el por qué de la fundación en Valencia. Las once monjas que salieron de Sagunto el 5 de mayo de 1598 se instalaron en el centro de la ciudad de Valencia para dar vida a una nueva fundación, realizando un acto muy significativo y que refleja muy bien la vitalidad del cenobio de Sagunto, así como el impacto positivo que la presencia de las monjas servitas causaba en la sociedad civil de entonces. La vida, sin embargo, no fue fácil según se deduce de lo sucedido pocos meses después, cuando cinco de las once monjas fundadoras, el 9 de agosto del mismo año, deciden regresar al monasterio de Sagunto, ya que en Valencia no había posibilidad de disponer de los suficientes medios de vida para el mantenimiento, en el cenobio, de un número superior a seis personas. Aún tratándose de un pequeño número de religiosas, sabemos indirectamente lo cara que costaba la vida de entonces y que no era fácil para nadie vivir desahogadamente, sobre todo en los comienzos de una fundación en el centro de una ciudad¹⁵.

La respuesta a la segunda pregunta inicial — es decir si María Francisca al cruzar el umbral del monasterio valenciano, era plenamente consciente del tipo de espiritualidad que se disponía a abrazar —, no la podemos dar en este preciso momento

¹³ La «*Legenda de origine Ordinis*» dei Servi di Maria, Roma 1982, p. 116.

¹⁴ Cf. Los apuntes manuscritos de DIAS, ODIR J, referentes a los Institutos religiosos femeninos «no italianos» del periodo 1814-1868.

¹⁵ Estos datos los hemos deducido de V. LORENTE PÉREZ, *o.c.*, p. 33.

de la historia que estamos narrando, pero se vislumbrará a medida que analicemos el tipo de vida que condujo a nivel personal y los cargos de responsabilidad que, sucesivamente, le fueron encomendados por la comunidad.

Volviendo al 11 de junio de 1896, o sea al momento de la entrada de María Francisca en el monasterio de Valencia, encontramos junto a ella a algunos familiares y al párroco de Albal, Don Vicente Pastor. Pero esto no supone ninguna novedad. La novedad la apreciamos en labios de un desconocido que, al ver a la joven de 15 años entrar en el monasterio, exclamó: «¡Llevan engañada a esta muchacha!». A lo que girándose, con mucha seriedad y calma, María Francisca respondió inmediatamente: «Sé muy bien lo que hago, pues es Jesús quien me llama»¹⁶. En su decidida respuesta se condensan la claridad de ideas y la determinación que constituirán algunas de las características de su fisonomía espiritual.

¿Cuándo tuvo lugar la toma de hábito de María Francisca? No se sabe con certeza. Todos los registros del monasterio fueron quemados por los *Rojos* como ya se ha dicho, y cuanto hoy se puede afirmar, hace referencia a los testigos oculares. Por lo general, la toma de hábito tenía lugar poco tiempo después — meses o años — de que la candidata se presentaba en la puerta del cenobio¹⁷. Podemos asegurar, por tanto, que esta misma situación se dio también en el caso de María Francisca. A partir de la toma del hábito asumió el nombre de sor María Guadalupe. Hasta 1902, el periodo de noviciado para las monjas concluía con la emisión de los votos solemnes¹⁸. En la ceremonia litúrgica de la profesión solemne de los votos de nuestra mártir, el día 19 de junio del año 1900¹⁹ (cuatro años después de su entrada en el monasterio), estuvo presente un testigo del proceso, la señora María Concepción Llopis Marzo, cinco años mayor que sor María Guadalupe. Esta señora vivía enfrente del monasterio de *Al Pie de*

¹⁶ Lo narra el P. Felix M^a Maletto en la breve biografía de la mártir incluida en la *Positio super Martyrio*, VI, p. 31.

¹⁷ A este propósito no resulta exacto el testimonio incluido en las Actas de una de las testigos, sor María Isabel Vila Serrador, tan solo cinco años más joven que la sor María Guadalupe, en el que asegura que coincidió el día en que sor María Guadalupe entró en el monasterio con el día de su vestición religiosa (*Summ.*, p. 14, ad 16). Esto no puede ser posible, ya que entre la entrada en el monasterio y la toma del hábito estaba prescrito un tiempo de prueba, llamado precisamente “postulantado”, al término del cual la comunidad admitía con voto capitular a la candidata para tomar el hábito. Esta era la praxis en uso para casos como este desde siempre.

¹⁸ La prescripción de hacer suceder tras el noviciado de las monjas la profesión temporal, se remonta al decreto de la Congregación Epp. et Reg. «Perpensis» del 3 de mayo de 1902, y por tanto algo que no sucedió en el caso de sor María Guadalupe.

¹⁹ Lo atestigua un monja presente en al acto de la Profesión de sor María Guadalupe, tal como aparece en la documentación del proceso de la *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super cause introductione*, p. 109 s.

la Cruz, seguía sus ritmos de vida y tuvo la gran suerte de asistir personalmente a aquel acontecimiento. El motivo del nítido recuerdo que la señora Llopis Marzo mantuvo de la solemne consagración al estado de virginidad de sor María Guadalupe, está relacionado con cuanto sucedió durante la celebración litúrgica del 19 de junio de 1900, presidida por el capellán del monasterio, Don Diego Barber. En la homilía, que dijo el párroco de Albal, Don Vicente Pastor — hasta el Concilio Vaticano II no era extraño que un sacerdote distinto al celebrante, comentara la lectura del Evangelio —, el orador recordó la pregunta dirigida, durante la celebración de la Primera Comunión de sor María Guadalupe, al grupo que se disponía a recibir por primera vez el sacramento de la Eucaristía, y la respuesta que dio entonces la pequeña de once años. Aquella respuesta no solo quedó grabada en la mente de la señora Llopis, sino también en la de todas las monjas presentes, como se puede leer en las Actas del proceso.

Entrar al noviciado era como realizar un sueño largamente acariciado. Les pasa a todas y también le sucedió a sor María Guadalupe. La misma Madre maestra de novicias, sor María Asunción Soler, fallecida en el año 1914, quedó talmente impresionada del comportamiento de sor María Guadalupe, que solía ponerla como modelo, e incluso se apoyaba en la gran influencia que la monja de Albal tenía en el ámbito comunitario.

Ya de pequeña, como vimos, sor María Guadalupe demostró tener, sin que ella misma se percatara de ello, una fuerte e innata iniciativa y en los juegos asumía el papel de líder, que los demás instintivamente le otorgaban. Circunstancia que se dio también entre los muros del claustro.

Sin embargo, en esta última situación, se da una pequeña diferencia. Todo está enfocado hacia la vida comunitaria. Una misma Regla y un mismo horario marcan los ritmos de la vida diaria. También los momentos de recreo, en las formas consentidas, forman parte de un marco acompasado de seriedad conventual. A pesar de esto, la alegría, la serenidad interior, los espacios concedidos a la libre iniciativa dentro de las líneas generales de la jornada así definida, animan desde dentro un modo de vivir que, de no ser así, se convertiría en algo espantosamente monótono, por no decir maniático. La misma celda se convierte en el refugio secreto de la intimidad del alma, la meditación de la Palabra se transforma en el espacio abierto para el espíritu, la oración personal abre amplias puertas al panorama de la propia vida y a la de los demás. La liturgia, con su variedad de fiestas y de memorias, con la riqueza que ofrecen las

lecturas bíblicas, se presenta cotidianamente como el lugar de la novedad y del encuentro espiritual entre el cielo y la tierra. El crecimiento del alma por las sendas del Señor y la maduración psicológica por el contacto con las mismas personas y el entrecruzarse de lo habitual, se van dando calladamente, a la luz de la fe que ilumina la mente, enciende en el corazón la esperanza de lo Eterno, y al mismo tiempo infunde la fuerza para amar a todos y para amarlos en cualquier circunstancia.

No se conoce demasiado de la vida que llevó en el noviciado y ni siquiera de la conducida posteriormente en el monasterio. Se puede deducir algo a partir de las alusiones referidas, aquí y allá en los interrogatorios del proceso, por los mismos testigos oculares. Gracias a ellos sabemos que del año 1900 al 1936, año en que murió cruentamente, sor María Guadalupe ocupó varios cargos en la comunidad. Parece que sor María Guadalupe en 1926 fue la primera responsable del cuidado de las prendas comunes²⁰; en el trienio que va desde 1931 al 1934 ocupó el cargo de Priora del monasterio²¹; en los dos trienios 1928-1931 y 1934-1937 le fue confiado el oficio de Maestra de novicias, del que no llevó a término el segundo mandato a causa del repentino martirio²².

Estos encargos comunitarios, asumidos sucesivamente en su madurez, nos confirman la estima de la que gozaba sor María Guadalupe desde sus primeros años de permanencia entre los muros del monasterio. Puesta como ejemplo, como dijimos, desde la primera década del siglo, su manera de vivir la vocación religiosa era admirable a los ojos de las demás no sólo por la austeridad característica de sus vestidos, sino sobre todo por su amabilidad, y por la alegría que demostraba a pesar del ritmo austero de vida que llevaba. Fue observante hasta rayar en el escrúpulo — en esto los testimonios concuerdan unánimemente —, su comportamiento no adoptaba formas rigoristas, al contrario, asumía las actitudes propias de la amabilidad de una hermana comprensiva, siendo intransigente, al menos, consigo misma.

¿Había algo en la vida de sor María Guadalupe que sobresaliera de algún modo? Los testimonios son también en este punto concordantes en el señalar tres características de fondo: la humildad, el amor por la Pasión de Jesús y la devoción a la Virgen Dolorosa.

²⁰ Se designa este oficio con el nombre de: «Ropera mayor» en *Positio super Martyrio*, VI, 13.

²¹ *Positio super Martyrio*, VI, p. 11.

²² La primera novicia del primer trienio fue sor María Vicenta Sanchís Aguado, tal y como aparece en la memoria recopilada por el P. Felix M^a Maletto en *Positio super Martyrio*, VI, p. 22. De boca de sor María del Amor Misericordioso Sanchís López se recogen ulteriores noticias más precisas, VI, p. 11.

Tales características no son sino la traducción del amor a Dios y al prójimo. La humildad, de hecho, es el terreno en el cual el amor fraterno se desarrolla y se manifiesta. Las monjas recuerdan aún que sor María Guadalupe, consciente de su propia responsabilidad de Priora, intervenía algunas veces con palabras severas; y tampoco olvidan que ella, incluso a media noche, arrepentida de la dureza de sus palabras, se les acercaba para pedirles perdón antes de retirarse²³. Todas las monjas pudieron constatar en ella el habitual «prodigarse para asistir a las hermanas y ayudarlas en sus necesidades»²⁴. Su particular función en el ámbito de la vida comunitaria, era la de sembrar paz en los ánimos²⁵, incluso durante el difícil periodo de la persecución religiosa²⁶.

Pero lo que aparece con singularidad en las Actas del proceso es el modo en el que ella manifestaba su amor a Jesús crucificado. Sentía como suya la Pasión del Señor. Todos los días practicaba el piadoso ejercicio del *Via Crucis*, meditando sobre el amor apasionado de Jesús por todos nosotros. El momento del día que escogía para su oración, cuando no desempeñaba algún cargo, era de madrugada, apenas levantada, antes de la recitación coral de las Horas²⁷. Durante el periodo en el que sor María Guadalupe recibió el encargo de formar a las novicias, todos los días a las cinco de la tarde se recogía en oración con ellas para hacer ese piadoso Ejercicio²⁸.

A la meditación de los Dolores de la Virgen dedicaba el tiempo que seguía inmediatamente al descanso de la tarde y deseaba que las novicias aprendieran de memoria el *Via Matris* para poder hacerlo incluso cuando no había suficiente luz²⁹. A lo cotidiano de este programa de vida, se añadían después momentos especiales de participación, como en la noche del Viernes Santo. A este respecto es del todo memorable el *Via Crucis* que tuvo lugar el Viernes Santo de 1936: duró tres horas³⁰. En

²³ Este particular nos lo narra sor María Digna Llopis Marqués, a la que sor María Guadalupe pidió perdón a media noche: *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 29, ad 19.

²⁴ *Ib.* ad 26.

²⁵ *Ib.* p. 35, ad 28.

²⁶ *Ib.* p. 74, ad 29.

²⁷ *Ib.* p. 46 s., ad 26.

²⁸ *Ib.* VI, p. 19.

²⁹ *Ib.* VI, p. 23.

³⁰ *Ib.* VI, p. 19 s. Sor María de los Remedios Soler Roja en *Positio super Martyrio*, VI, p. 10 nos cuenta los interesantes particulares sobre el modo en el que sor María Guadalupe practicaba tanto el *Via Crucis* como el *Via Matris*: «El jueves solía (cuando no era Maestra de novicias o Priora) hacer tres horas de adoración en los momentos libres de actos comunitarios y sin llamar la atención de nadie (o mejor con total secreto).

el ámbito del noviciado, siempre por iniciativa suya, todos los jueves se celebraba la «Hora Santa, adoptando posturas incómodas para hacer penitencia (ya fuera postrada o alargada en el suelo)»³¹.

Como se puede fácilmente deducir, las formas antedichas acompañaban el estilo de vida de sor María Guadalupe, en el que se incluye el uso del cilicio y de la penitencia³². Quizá es conveniente añadir que todas estas formas de austeridad que se han descrito, no son otra cosa que expresión del deseo de unión con Dios que mana el hábito de la oración personal. La búsqueda del silencio de la noche y la tenacidad en el concebir formas de oración practicadas a escondidas, demuestran el espíritu de oración que la animaba y que ella expresaba con la profundidad propia del amor.

Después de todo lo que hemos ido poco a poco exponiendo, creemos oportuno aproximarnos ahora al período que directamente nos introduce en lo que fue la persecución de la Iglesia, con todas las consecuencias que de ésta posteriormente se derivaron.

-
1. La primera hora la pasaba de pie, al lado de la pared, en la que había colgada una cruz, sin apoyarse, con los brazos extendidos en cruz. Del brazo transversal de la cruz de madera colgaban (en los extremos) dos lazos de cuerda en los que introducía las manos para sostenerse.
 2. La segunda hora la pasaba echada por tierra o mejor en el suelo, boca abajo, con los brazos abiertos formando una cruz con el cuerpo.
 3. La tercera hora la pasaba como la anterior, en forma de cruz, pero supina (como muerta).

Estas raras formas de devoción las practicaba para honrar (y meditar) la Santísima Pasión de N. Señor Jesucristo. *Chisto crucifixus sum cruci*. Esto a veces lo practicaba en el mismo coro, mientras las monjas descansaban, y cuando no era maestra de novicias.

Los viernes se dedicaba rezar la hora mariana que consistía en hacer compañía a María Santísima en su desolación y abandono tras la muerte de su Hijo Jesús. Este ejercicio se dividía en tres momentos: *de las 9 a las 10, de las 10 a las 11 y de las 11 a medianoche*.

1. De las 9 a las 10 estaba sentada (meditando la desolación de María).
2. De las 10 a las 11 estaba boca abajo formando una cruz con sus brazos respecto al cuerpo.
3. De las 11 a las 12 estaba extendida como antes pero boca arriba.

Como era corpulenta no es necesario decir lo molesta que era la segunda postura.»

³¹ *Ib.* p. 20.

³² *Ib.* VI, p. 24.

LA PERSECUCIÓN

Como ocurrió en otros muchos monasterios, también en Valencia la convulsión de la vida civil quedó mitigada ante los muros de la clausura, y no porque las monjas evitaran a sabiendas la agitación de las aguas de la convivencia civil, sino porque su pacado ritmo de vida conseguía prevalecer sobre la agitación del siglo.

Antes de abordar el hecho que involucró directamente a nuestra mártir, consideremos el problema de la revolución española, en su complejidad, para tener una visión de conjunto. Para ello nos servimos de un artículo publicado en el apéndice de la Biblioteca sanctorum y firmado por el historiador Justo Fernández Alonzo.

«Los mártires, presuntos hasta que se obtenga el juicio definitivo de la Iglesia, fueron asesinados después de estallar la revolución de Asturias de 1934 y la guerra civil del 18 de julio de 1936, siendo víctimas de una persecución anunciada, caldeada y demagógicamente alimentada durante los años precedentes. La revolución de 1934, un levantamiento de izquierdas contra el gobierno republicano, duró solamente diez días (5-14 de octubre): en este periodo fueron asesinados 12 sacerdotes, 7 seminaristas y 18 religiosos (pasionistas, maristas, Hermanos de las Escuelas Cristianas, de la Misión, jesuitas y carmelitas descalzos), y fueron incendiadas 58 iglesias; del mismo modo hubiera sucedido en el resto de España, si los focos de la revuelta no hubieran sido rápidamente sofocados. Se salvaron las monjas y no se registran muertes de católicos por su fe. Estas limitaciones no se dieron a partir del 18 de julio de 1936; la simple estadística, incompleta a pesar de las numerosas investigaciones, es aterradora: han sido contados, según los cálculos más fiables, 4.184 sacerdotes diocesanos (incluyendo seminaristas), 2.365 religiosos y 283 monjas, que suman un total de 6.832 víctimas (no existen estadísticas de los laicos asesinados por el solo hecho de ser católicos, pero son también éstos numerosísimos). Estas cifras equivalen al trece por ciento de los sacerdotes diocesanos y al 23 por cien de los religiosos de toda España; hay que tener también en cuenta que las víctimas pertenecen solamente a una mitad del territorio español, por lo que los tantos por cien resultan altísimos, si nos limitamos al clero diocesano va desde el 87,8 por cien de la diócesis de Barbastro al 1,3 por cien de la de León; aunque en esta diócesis únicamente una pequeñísima parte de su territorio y por un periodo muy breve de tiempo estuvo sometida bajo el dominio del terror. La mayor parte de las muertes acaecieron durante el primer año de la guerra. En 1936, antes del 18 de julio habían sido ya asesinados 17 sacerdotes y religiosos; desde el 18 al 31 de julio fueron asesinados 861; en el mes de agosto 2.077, entre los que se hallaban 10 obispos (Sigüenza, Lérida, Cuenca, Barbastro, Segorbe, Jaén, auxiliar de Tarragona, Ciudad Real, Almería y Guadix); el 14 de septiembre, cuando Pío XI habló por primera vez de la persecución religiosa en España, el número se acercaba nada menos que a 6.500, y se había añadido todavía un obispo más, el de Barcelona (4 de diciembre de 1936). El resto de 332 (incluido el obispo de Teruel), hasta el total de 6.832, hallaron la muerte entre el mes de julio de 1937 hasta el fin de la guerra (marzo de 1939)»³³.

³³ J. FERNÁNDEZ ALONZO, *Spagna, Martiri della guerra di*, en “Biblioteca Sanctorum – Prima Apendice”, ed. “Cittá Nuova”, Roma, coll. 1291-1308.

¿Cómo se llegó a dar una semejante explosión de odio fratricida? Es una pregunta legítima que todos espontáneamente nos hacemos. Las explicaciones que se dan excluyen la implicación directa del gobierno republicano, que se encontró «de repente depuesto y abolido por la imparable revolución anarquista en la que, tanto grupos como partidos extremistas, actuaron con poder autónomo y arbitrario en todas las regiones, ciudades y pueblos, en los que no había triunfado la sublevación militar»³⁴. Sin embargo hubo una larga preparación que situó a la monarquía española en el centro de las turbulencias que desde el siglo XIX se dieron en la Península Ibérica. Uno de los últimos acontecimientos que tiene que ver con nuestro período, corresponde a la guerra contra los rebeldes marroquíes concluida en 1921 con un gran desastre, cuya culpa es atribuida por los historiadores al mismo rey Alfonso XIII³⁵. A la dictadura del general Primo de Rivera iniciada en el 1923, siguió la restauración del gobierno parlamentario en 1930.

«Pero con las elecciones municipales de abril de 1931 se dio una clara ventaja al Partido Republicano y, para evitar un levantamiento popular, Alfonso XIII abandonó España (14 de abril de 1931). La proclamación de la república, en cambio de traer la paz, marcó el inicio de una serie continua de huelgas, tumultos, incendios de iglesias y de conventos: muy pronto sobre los viejos republicanos prevalecieron los socialistas y los anarquistas. En 1933 se intentó formar un gobierno fuerte y moderado, pero en Asturias y en Cataluña había una grave insurrección»³⁶.

Una de las razones por las cuales el general Franco desencadenó la insurrección militar tiene que ver con la acción represiva que se llevó a cabo en Asturias en 1934 para sofocar la revuelta desatada por las izquierdas tras la derrota sufrida en las elecciones de 1933. Con el restablecimiento del orden en Asturias logrado «con un lago de sangre», Franco se ganó del entonces ministro de la guerra, el democristiano Gil Robles, el puesto de Jefe del Estado Mayor. El régimen democrático de las fuerzas del centro y de la derecha duró poco. En las elecciones del 16 de febrero de 1936 las izquierdas del *Frente popular* recuperaron el poder e intentaron imponer al país una dictadura proletaria aunque sin éxito. En aquel intento entraba también el alejamiento de Franco de Madrid para destinarlo al mando militar de una zona muerta: las Canarias.

³⁴ *Ib.*, col.1296.

³⁵ F. COGNASSO, en *Enciclopedia Cattolica*, Roma 1953, XI, col.1038.

³⁶ *Ivi.*

Antes de que Franco se trasladara a la nueva zona que le había sido asignada, se encontró con los generales amigos Mola y Sanjurjo, que le pusieron al día sobre las intenciones del gobierno de izquierdas y le propusieron un proyecto de insurrección militar. Él no les reveló, en aquellos momentos, sus propias intenciones. En el período que siguió, pudo constatar que cuanto le refirieron sobre las intenciones del gobierno de procesar a quienes habían dominado con sangre la rebelión de Asturias, se correspondía con la realidad, pasó decididamente al contraataque y asumió inmediatamente el proyecto de sublevación militar. Le confirmó en su decisión el hecho de constatar la aguda fase en la que la anarquía había sucedido a la instauración del nuevo régimen de izquierdas.

Llegamos así a al 18 de julio de 1936, día en el que se inició la sublevación³⁷. Inmediatamente España se dividió entre el gobierno *democrático* de Madrid y el gobierno revolucionario militar de Franco en Burgos. Siguió una furibunda guerra civil entre las dos facciones, que concluyó en marzo de 1939 con la capitulación de Madrid y la victoria total de las fuerzas del general Franco.

³⁷ Cf. I. MONTANELLI – M. CERVI, *L'Italia del novecento*, ed. Rizzoli, Milano 1998.

LOS PRECEDENTES DEL MARTIRIO

Tras exponer someramente las líneas principales de la situación que se creó en España a principios del año 1931, podemos seguir mejor el progresivo desarrollo de la vida de sor María Guadalupe.

La primera señal de alarma se hace patente apenas después de las elecciones municipales del 31 de abril de 1931. Hasta esta fecha la vida en el monasterio de Valencia no había pasado nunca por ningún tipo de peligro. La victoria electoral que provocaría al día siguiente de las elecciones (14 de abril de 1931) la abdicación de Alfonso XIII, generó una especie de terremoto político.

«El nuevo régimen había sido aceptado por los obispos, sin excepciones, proclamando la doctrina de la indiferencia a las formas de gobierno y exhortando a los católicos a la obediencia hacia los poderes constituidos: entre los mismos católicos había bastantes republicanos. Sin embargo, pasado el primer mes, las esperanzas de una convivencia pacífica y de colaboración entre Iglesia y Estado, comenzaron a esfumarse: el primer suceso dramático (11-12 de mayo de 1931) fue el incendio programado, a raíz de un episodio marginal, de un centenar de iglesias y conventos de Madrid, Valencia, Alicante, Murcia, Sevilla, Málaga y Cádiz. El Gobierno, bajo la determinante influencia de Azaña [entonces ministro de la guerra], impidió la intervención de las fuerzas del orden para evitar o frenar los actos vandálicos, que en Málaga contaron incluso con la participación en primera fila de las autoridades gubernativas»³⁸.

En este clima de aguda tensión y peligro tuvo lugar la primera salida de sor María Guadalupe del monasterio de Valencia en mayo de 1931. Se trató de una trágica decisión, aunque necesaria, debida al clima de tensión creado por los incendios antes mencionados. Los testigos oculares lo atestiguan:

«En 1931, cuando por primera vez fueron incendiados Iglesias y Conventos, yo [José Sanchís García, carpintero del monasterio], con mi cuñado Antonio Vila Romero [sobrino político de sor María Guadalupe] y mi pariente Antonio Ricart Gimeno [sobrino de la Beata] tomamos un coche de caballos y salimos de Albal a la una de la noche; al cabo de poco tiempo llegamos a Valencia y fuimos al convento para informarnos. Supimos que estaba en una peluquería cercana al convento y la invitamos a ella y a otras Religiosas a venir con nosotros a Albal; pero no quiso aceptar porque pensaba que podría volver al convento a la mañana siguiente. Unos días más tarde, mi suegra — y hermana de la Beata — logró traerla a Albal en donde pasó algunos días, antes de volver a la clausura. Durante su permanencia en Albal, mucha gente del pueblo

³⁸ J. FRNÁNDEZ ALONZO, *o.c.*, col.1297.

acudió a saludarla y ella transmitía alegría a sus visitantes, animándoles a soportar las contrariedades con paciencia»³⁹.

En el capítulo electivo de agosto de 1931, sor María Guadalupe fue elegida Priora del monasterio. El clima político incandescente y el valor que demostró en los meses inmediatamente precedentes aconsejaron a las monjas — de una manera obvia — la elección de sor María Guadalupe Ricart Olmos. La Priora precedente, mujer admirable en otros aspectos, no tenía el recio temple de sor María Guadalupe. Lo podemos deducir de una conversación mantenida entre los años 1934-36, durante el segundo mandato confiado a sor María Guadalupe como Maestra de formación:

«Una vez, durante el recreo de la comunidad, [la futura mártir] dijo: “¿Quién será la elegida? ¿A quién arrastrarán por la ciudad?” En aquella misma ocasión una anciana madre de nombre Librada Ballester [Priora durante el trienio 1928-31], ya fallecida, dijo con temor: “Yo les diría que me disparasen por la espalda”; entonces la Sierva de Dios, llena de fervor y de entusiasmo dijo: “Pues yo diría que me disparasen de frente”. Demostró siempre más valor que el resto de la Comunidad»⁴⁰.

Por lo tanto, durante el periodo en que se efectuaron las salidas del monasterio, es decir desde agosto de 1931 en adelante, la responsabilidad de las monjas de Valencia recayó sobre ella hasta el final de su mandato como Priora, esto es, hasta el 4 de agosto de 1936.

La situación política se iba agravando día tras día. La expulsión de España del Arzobispo de Toledo, el cardenal Segura, decretada el 15 de junio de 1931, dejaba bien poco que esperar⁴¹. La campaña anticlerical y antirreligiosa culminó con la aprobación del artículo 26 de la Constitución promulgada el 9 de diciembre de 1931. Los puntos neurálgicos del nuevo texto constitucional se referían a la disolución de la Compañía de Jesús, la ley del divorcio, a la supresión de las escuelas de cualquier signo religioso, a la prohibición a los religiosos de dedicarse a la enseñanza, la así llamada «ley de confesión

³⁹ *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 99 ad 29.

⁴⁰ *Ib.*, p. 4. ad 29.

⁴¹ La causa de la expulsión se explica por el hecho de que el card. Segura expresó «sentimientos de agradecimiento y alabanza» dirigidos al rey dimisionario, Alfonso XIII, y por aconsejar a los fieles, en la misma carta pastoral, «respeto y obediencia (a las autoridades republicanas) para el mantenimiento del orden y para el bien común».

y asociaciones religiosas», que impedía prácticamente la vida consagrada y establecía límites al culto católico.

La aprobación de la nueva Constitución fue precedida de largas discusiones parlamentarias y sobre todo de encendidas disertaciones anticlericales y antirreligiosas en los periódicos. Sólo para dar una idea del clima social de entonces, reproduzco lo escrito el 18 de agosto de 1931 en el periódico *El Socialista*, órgano del mayor partido del parlamento y del gobierno:

«"Es preciso destruir la Iglesia y borrar de las mentes su infame influencia"; y dos días más tarde invitaba explícitamente al asesinato: "entonces (11 de mayo) los inofensivos conventos fueron el objeto de la furia del pueblo; siendo sus inquilinos las víctimas de su furor"»⁴².

A la Curia Arzobispal de Valencia no le quedó otra alternativa. Al convento, entonces cercano al obispado, llegó la orden del arzobispo que les exigía abandonar la clausura. Tal imposición no llegó de repente ni de forma inesperada. Pues durante los días e incluso los meses precedentes el eco de las violencias cometidas traspasaban las tapias del monasterio. El nuevo tono verbal de los discursos del parlamento y los artículos de los periódicos, producía en el ánimo de las pobres religiosas una notable aprensión. Se percibe en la declaración de la señora María de la Concepción Llopis Marzo:

«En 1931 vivía en la Calle Al Pie de la Cruz, enfrente del convento, en el número 68. Mi marido D. Gregorio LLuch me dijo que trajera a casa a todas las monjas que no tenían en donde alojarse; yo fui a buscarlas a todas y, concretamente, pedí a la Madre Librada, que era la Priora, que viniera conmigo sor María Guadalupe; y efectivamente vino al día siguiente. Permanecieron más de un mes y después nos trasladamos al domicilio actual, en Calle Isabel la Católica. Durante aquel periodo que traté más íntimamente a la Madre Guadalupe, la vi siempre inspiradísima por Dios; de hecho, aunque no poseía una gran cultura, hablaba de Dios con tal espíritu y tan adecuadamente según las personas, que era una maravilla. Con el conductor hablaba con sencillez y éste la entendía; con mi marido, abogado, hablaba en un tono elevado y con palabras dignas de un teólogo. La vi siempre alegre y contenta, reservando para sí los trabajos más humildes de la casa»⁴³.

No sabemos con exactitud cuánto tiempo permanecieron fuera de su monasterio las monjas valencianas. De otros testimonios podemos decir que las entradas y salidas

⁴² J. FERNÁNDEZ ALONZO, *o.c.*, col. 1298.

⁴³ *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 51 s. ad 29.

del ámbito claustral se repitieron varias veces⁴⁴. No obstante, la vida monástica continuó en los años sucesivos, como lo demuestra el hecho de la entrada en el monasterio de nuevas jóvenes en el año 1933 y de las cuales sor María Guadalupe primero fue la Priora que las acogió, y más tarde su Maestra de formación. Su hermana Filomena asegura haber ido varias veces a visitar a sor María Guadalupe en los años 1931-36 y que siempre la encontrarba «tranquila y resignada; con pena por los acontecimientos que se producían y por el miedo de tener que abandonar el Convento»⁴⁵.

«En enero de 1932 la Compañía de Jesús fue disuelta, su patrimonio confiscado, sus miembros mandados al exilio. La nueva Constitución ordenó, siguiendo el modelo francés, la separación entre el Estado y la Iglesia y la suspensión de las contribuciones financieras para el clero y el culto. Las disposiciones ejecutivas (mayo de 1933) constituyeron una ley discriminatoria contra la Iglesia y las asociaciones religiosas, con la cual se rebajaba a la Iglesia al nivel de una unión apenas tolerada y severamente vigilada por el Estado; los edificios eclesiales fueron declarados “patrimonio nacional”, a las órdenes religiosas les fue prohibida cualquier actividad didáctica y pública, viniéndose a crear una situación en la que todo dependía del arbitrio de los funcionarios; e, incluso, para las procesiones, el viático público, y para las sepulturas eclesiásticas fue prescrita una autorización particular»⁴⁶.

El 25 de mayo de 1933 el Episcopado español intervino para declarar antijurídica y en contra de los derechos del hombre, la ley sobre las confesiones y asociaciones religiosas⁴⁷. Aquella fue su última intervención posible, teniendo ante sí, entonces, a un gobierno moderado de derechas⁴⁸.

Con la victoria de las izquierdas el 16 de febrero de 1936 la situación cambió de rumbo hasta el punto de llegar a la intolerancia no sólo verbal sino física. Ya hemos descrito el impresionante reguero de asesinatos. Pero lo que determinó al Arzobispo de Valencia a dar la orden a sus sacerdotes y a los religiosos de abandonar sus residencias, fueron los constantes incendios de conventos a partir del 11 de mayo de 1936⁴⁹.

⁴⁴ Nos asegura la hermana Filomena: *ib.*, p. 75 ad 30.

⁴⁵ *Ib.*, p. 74 s. ad 29.

⁴⁶ *Positio super Martyrio*, en la *Informatio super martyrio*, p. 25, n. 21.

⁴⁷ Cf. J. FERNÁNDEZ ALONZO, *o.c.*, coll. 1297-98.

⁴⁸ Precedentemente el mismo Episcopado intervino el 25 de julio de 1932 con una instrucción sobre el matrimonio civil y canónico en contraposición a la ley divorcista introducida en la legislación civil.

⁴⁹ Este particular lo narró Antonio Ricart Gimeno, *Positio super Martyrio*, in *Summ. Super causae introductione*, p. 96, ad 30.

¿Cuánto tiempo pasó desde que comenzaron las actividades incendiarias hasta la disposición del Arzobispo de abandonar las casas abadías y conventos? No se sabe con precisión. Como hemos visto ya, en el periodo que precede al 18 de julio de 1936 fueron asesinados 17 entre sacerdotes y religiosos, y eso nos induce a pensar que dicha orden fuera emanada a raíz de los asesinatos que se estaban perpetrando. Y del mismo modo es probable que fuera en este periodo cuando la Madre Guadalupe decía a sus novicias:

«[...] animaba a las novicias a tener un fervor cada vez mayor y les solía decir: “Ofrezcámonos víctimas...”. Cuando lo decía nos producía verdadera impresión, pues parecía que se hallaba entonces llena de emoción»⁵⁰.

De los testimonios del proceso resulta cierta la presencia de la Beata en su pueblo natal durante el verano de 1936⁵¹. La salida definitiva del monasterio tuvo lugar según la manera referida por los testigos oculares, protagonistas del triste suceso:

«Cuando abandonamos el convento, por última vez, viendo al capellán vestido de seglar, [sor María Guadalupe] pensó que entonces sí que se trataba de algo muy serio, y se impresionó sobremanera al pensar que quizá no podría volver más a su convento. Fuimos juntas del convento a casa de D. Vicente Boada, que vivía en Valencia en C/ de las Avellanas. Allí estuvimos unos dos o tres días, sor María Vicenta Sanchís Aguado, la Sierva de Dios y una servidora [sor María Amor Sanchís López]. En aquella misma calle se hallaba el Palacio Episcopal y junto a él (vivían) algunos parientes del Sr. Boada los cuales, no pudiendo permanecer en su casa por las llamas y el humo que salían del palacio Episcopal incendiado por los Rojos, vinieron a la casa en donde estábamos hospedadas nosotras. Entonces la Sierva de Dios, no queriendo causar molestias, se marchó con sor María Vicenta a casa de un recadero del convento, un tal Ricardo. Me consta que durante aquellos días no interrumpió el rezo del Breviario»⁵².

Ser hospedadas en casas particulares entrañaba peligro incluso para las familias que las acogían. Se comprenden fácilmente las razones por las que sor María Guadalupe decidió volver a Albal con los suyos. Lo que aconteció probablemente hacia finales de junio o principios de julio de 1936. Podemos incluso describir la manera en la que se dio dicho retorno. Nos lo cuenta el hermano de la mártir, Antonio Ricart Olmos:

⁵⁰ *Ib.*, VI, 12.

⁵¹ Nos lo asegura la hermana Filomena en el testimonio recopilado por el P. Felix M^a Maletto y que se puede leer en la *Positio super Martyrio*, VI, p. 27.

⁵² *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 41, ad 30.

«En 1936 — siendo la situación extremadamente grave — llegaron al pueblo, con un camión, varias Religiosas, entre las cuales mi hermana. Comió en mi casa y para no recibir a tantas visitas que venían a verla, se trasladó a casa de mi hermana Filomena»⁵³.

No obstante, en un primer momento no residió con su hermana Filomena, sino que se trasladó a casa de una sobrina, tal como lo refiere detalladamente José Sanchís García, marido de ésta:

«En 1936, cuando se vió obligada a abandonar el convento, vino a Albal — no recuerdo la fecha —, en compañía de otras dos Religiosas [...]. Mi suegra [Filomena, hermana de sor María Guadalupe] salió para recibirla y, atravesando el jardín, la hizo pasar a mi casa, en donde permaneció [...] hasta que, agravándose los acontecimientos, su hermana Filomena quiso tenerla consigo»⁵⁴.

Su permanencia en casa de la sobrina se redujo solamente a ocho días, ya que, estando la sobrina encinta, y llegando cada día más noticias de las atrocidades cometidas por los *Rojos* — recordemos que se trata del mes de julio de 1936, cuando del día 18 al 13 de ese mismo mes fueron asesinados 861 entre sacerdotes y religiosos—, sor María Guadalupe consideró oportuno dejar esa casa para evitar el miedo y el sobresalto de la sobrina embarazada. De ahí que desde finales de julio y durante todo el mes de septiembre de 1936 se refugió definitivamente en casa de su hermana.

La vida en casa de los que la hospedaron al día siguiente de la salida del monasterio transcurría siempre igual: las horas se las pasaba orando y trabajando. Las religiosas que fueron a visitarla a Albal, fueron sor María Vicenta de Picasent, un pueblo vecino de Albal, y sor María Isabel Vila que vivía enfrente. La primera de las dos era una de las novicias de la Madre María Guadalupe: fue a ver a su Maestra de formación para pedirle permiso para trasladarse a vivir con ella⁵⁵; la otra es la religiosa de Albal que se salvó del fatídico 2 de octubre, ya que aquella noche se encontraba en Valencia asistiendo a sor Ángela Jago Masía en el Asilo de los Ancianos Desamparados. Fue muy acertado que la Madre Guadalupe no saliera de casa, dado el cargo que el hermano mayor José desempeñaba en el seno del *Comité de los Rojos* del

⁵³ *Ib.*, p. 82, ad 30.

⁵⁴ *Ib.*, p. 100, ad 30.

⁵⁵ *Ib.*, p. 89, ad 33; p. 86, ad 33.

pueblo de Albal⁵⁶ y dada, como no, la hostilidad que todavía él alimentaba contra su hermana monja. En cierto sentido él tenía que hacerse perdonar, por los compañeros de izquierdas, el hecho de contar en su familia con una persona consagrada a Dios.

Si en julio la situación para los católicos había empeorado claramente, el mes siguiente no pudo ser más catastrófico: 2077 homicidios, con una media de ¡70 asesinatos por día! Sin hablar del mes de septiembre, en el que en los primeros quince días fueron eliminados otros 3545, ¡con una media diaria de 253 muertos!

Con ese clima se comprende todavía más el sentido del testimonio que, en el proceso, ofreció su hermana Filomena: «Pedía noticias de los acontecimientos y cuando le contaba que asesinaban a algunas personas, ella decía: “¡Que dicha poder ser mártir de Dios! En ese estado permaneció hasta su arresto”»⁵⁷.

Naturalmente, los suyos estaban preocupadísimos por la situación y temían por su vida. Su hermano Antonio nos deja constancia de los intentos que hizo por alejarla de Albal:

«Yo fui a verla a casa de mi hermana: mis hijos fueron a verla muchas veces. Casi siempre la encontrábamos rezando en su habitación; y, aunque le aconsejábamos que fuera a Picasent, ella no quiso marcharse de casa de mi hermana, pensando que si la mataban era una gracia de Dios»⁵⁸.

En el periodo en el que sor María Isabel, que vivía enfrente, fue al asilo de ancianos de Valencia para cuidar de una hermana, la Madre Guadalupe creyó al no verla más que había sido martirizada. En esa ocasión la Beata manifestó a su hermana Filomena que tenía una santa envidia de sor María Isabel, dada por muerta a causa de Cristo⁵⁹.

Como última anotación concerniente al periodo que precede inmediatamente al día del martirio, nos parece útil recordar que el lunes 14 de septiembre, por primera vez, el Papa Pío XI — como ya dijimos — denunció públicamente la persecución española. Probablemente en uno de aquellos días o en aquella misma ocasión el Sumo Pontífice

⁵⁶ Estas son las palabras exactas con las que se le describió ante el juez eclesiástico: «El hermano mayor [José] de la Sierva de Dios era uno de los “rojos” más exaltados». *Positio super Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 104, ad 37.

⁵⁷ *Ib.*, p. 75, ad 31.

⁵⁸ *Ib.*, p. 82, ad 31.

⁵⁹ *Ib.*, p. 75, ad 33.

celebró una misa por España. Al saberlo, la Madre Guadalupe, siguió de rodillas toda la celebración en casa de su hermana Filomena⁶⁰.

⁶⁰ *Ib.*, p. 76, ad 34. Se desconocen otros particulares referentes al episodio en cuestión.

EL MARTIRIO

La tarde del día uno de octubre de 1936, en casa de Filomena Ricart Olmos, nada hacía presagiar que algo de anormal iba a suceder. Dos o tres días antes los hijos del hermano mayor, José, fueron a visitar a su tía. Se da la circunstancia de que mientras la relación de José con su hermana monja se caracterizaba por una manifiesta hostilidad, los sobrinos nutrían hacia su tía sentimientos de afecto y respeto. Establecer una conexión entre la visita de los sobrinos y su arresto, nos parece algo más bien infundado que probado. Que una vez en casa puedan haber comentado algo sobre la salud de la tía monja y que por eso el hermano hubiera podido localizar con precisión el lugar de residencia de su hermana religiosa, entra dentro de lo posible. Pero de todo ello sólo tenemos la sospecha, manifestada incluso al juez, por lo que sería injusto dar por cierto algo que no lo es.

He aquí la narración del arresto según de la declaración de su hermana Filomena:

«[El arresto de sor María Guadalupe tuvo lugar] El 2 de octubre de 1936, en mi casa, en la Calle de la Torre n. 12, al alba, entre la una y las dos. Mi marido dormía y yo velaba sentada en un sillón, porque temía siempre algo desagradable, escuché dos o tres veces que llamaban a la ventana y al final una voz dijo: “Abre José, somos nosotros, necesitamos entrar”. Eran cuatro, todos armados. Uno permaneció en la puerta, uno entró en casa y los otros dos, poniendo a mi marido en medio de ellos, registraron todos los rincones, en busca de las armas que no había. Al darse cuenta de este trajín, mi hermana, que estaba en su habitación, salió fuera, teniendo entre las manos el libro de oraciones y vestida de seglar. Cuando la vieron los dos que buscaban las armas, registraron la habitación de mi hermana encontrando un escapulario de la Virgen del Carmen; dirigiéndose a mi marido, le dijeron: “¿No sabe que esto es peligroso?”, y después a mi hermana: “¿Es usted monja?” y ella respondió: “Soy monja y si naciese mil veces, lo sería de Al Pie de la Cruz”. “Es preciso que venga con nosotros”, dijeron; y sin mostrar ninguna resistencia mi hermana dijo: “Vamos entonces”. Fue inútil que mi marido se ofreciese a ir en su lugar para hacer las declaraciones que le iban a pedir: se dirigieron a la camioneta, donde había ya otras dos Religiosas Franciscanas del Monasterio de la Trinidad, hermanas de sangre, naturales de Albal. Cuando subió a la camioneta, mi hermana dio las gracias a mi marido por todo lo que había hecho; yo la abracé para despedirme, mientras ella se mostraba tranquila y serena»⁶¹

El testimonio pone de manifiesto que se trataba de personas que conocían perfectamente a los miembros de la familia Ricart Olmos, como lo demuestra no sólo el

⁶¹ *Ib.*, p. 76 s., ad 35.

apelativo de “José” empleado para que abrieran la puerta, sino también por el hecho de que habiendo llamado en vano a la puerta de casa, se dirigieran después a la ventana del dormitorio para llamarle por su nombre. Esto indica que estaban al corriente de la distribución de la vivienda⁶², pero que desconocían la identidad de la persona buscada.

¿Conocían los familiares de sor María Guadalupe a los asesinos? Al parecer no; al menos nunca dieron indicios de conocer su identidad, hasta el día 5 de agosto de 1941, dos años después de haber concluido la revolución, cuando el marido de Filomena fue denunciado a las autoridades por su hermano Antonio⁶³.

Enardecidos por haber atrapado a su presa, los milicianos rojos no se privaron de dirigir al cuñado de la Madre Guadalupe, cabeza de familia, amenazadoras advertencias sobre el peligro que entrañaba acoger a una monja o tener imágenes religiosas y escapularios. «José, temiendo las consecuencias o la veracidad de las amenazas (o de los presumibles castigos) y por otra parte no queriéndoles entregar a sor María Guadalupe, preguntó cómo se podría solucionar el asunto. Aquellos respondieron que entregarían al Comité tanto a la monja como los escapularios»⁶⁴.

Al oír aquello su hermana Filomena se desmayó. «La Sierva de Dios, tras pedir permiso a sus guardianes, dio un vaso de agua a su hermana, y la consoló con palabras de resignación; tomó su escapulario y su Crucifijo y volvió a subir a la camioneta. Pidió permiso a los Rojos para asomarse por la ventanilla: dio las gracias a su cuñado por todo lo que habían hecho por ella y le suplicó que consolase a su mujer y le dijo que desde el cielo, agradecida, rezaría por todos ellos»⁶⁵.

En la camioneta la Beata María Guadalupe fue puesta junto a las demás religiosas previamente apresadas. Se trataba de dos religiosas de Albal pertenecientes a una misma familia.

Lo que sucedió durante las dos horas siguientes, no se sabe con absoluta certeza⁶⁶. Los testimonios refieren que hubo un coloquio mantenido entre sor María

⁶² *Ib.*, VI, p. 27.

⁶³ *Ib.*, Doc., p. 116.

⁶⁴ *Ib.*, VI, p. 28.

⁶⁵ *Ib.*, pp.42-43. ad 39-40.

⁶⁶ Podemos revelar que la patrulla de asesinos que se presentaron en casa de Filomena estaba formada por cuatro hombres, según se desprende de la confesión respectiva del proceso (cf. *Positio súper Martyrio*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 76, ad 35). En el documento presentado por el Teniente Fiscal e Instructor Delegado de la Causa General de Barcelona los nombres de los asesinos son también cuatro, pero formados por dos parejas de esposos (*Ib.*, p. 115). Uniendo ambas versiones, se podría pensar que las personas secuestradas fueran llevadas primero a la Sede del Comité y después conducidas, por grupos

Guadalupe y sus captores. Es lo que refirió «aquel hombre» — tal como lo especificó la mujer de D. Gregorio Lluch —, que la Madre Guadalupe enviaba a Valencia todos los días para informarse de cómo estaba el marido de ésta, detenido en la cárcel de las *Torres de Cuarte*. Eso lo hizo todos los días hasta el 3 de octubre de 1936, en que fue por última vez y notificó que habían matado a sor María Guadalupe. El contenido de aquella conversación es el siguiente:

«Aquel hombre contó que durante el trayecto la Sierva de Dios estuvo hablando con los milicianos diciéndoles que les perdonaba y que rezaría por ellos, ya que le abrían las puertas del cielo. A este propósito recuerdo que antes de la Revolución [18 de julio de 1936] hablando con mi madre y conmigo en el locutorio sobre lo que podría suceder, al manifestar nuestro miedo de no poder ser fieles, ella nos dijo: “Yo, por mí, tendría miedo, pero como no me fío de mí sino de Dios, sé que él me quiere mártir, y me dará lo que necesito para serlo”. Dijo esas palabras con tal seguridad que parecía presentir el martirio. No me asombra por eso que dijera a los milicianos lo que antes he declarado»⁶⁷.

No debemos sorprendernos de la aparición de estos detalles. Muchas veces, los milicianos, confiando en la impunidad, sobre todo en los meses de verano de 1936 — cuando todavía era incierto el resultado del levantamiento nacionalista capitaneado por el general Franco —, solían alardear de las crueles hazañas cometidas, jactándose en las tabernas de las reacciones de sus víctimas. La difusión de tales episodios se daba espontáneamente, con la consiguiente repulsa de quienes no compartían semejantes barbaridades.

A este propósito existen algunos detalles de la reacción de los milicianos ante las palabras de la Beata María Guadalupe.

«Esos se mostraron sorprendidos de la serenidad y fortaleza de ánimo, dejando ver su indecisión a la hora de ejecutar la orden de matarla. Entonces una mujer que iba con ellos en el auto, les recriminó diciendo: “¡Bellacos! ¡Yo misma la mataré!”»⁶⁸.

¿Quién era esa miliciana? Tanto de ella como de los demás componentes de la patrulla asesina conocemos los nombres⁶⁹.

separados, a poblaciones distintas para la ejecución de la condena a muerte. Este detalle permite explicar las diferencias entre la composición del grupo secuestrador y la del grupo específicamente asesino.

⁶⁷ *Ib.*, en *Summ. Super causae introductione*, p. 53, ad 35. Testimonio de María de la Concepción Llopis Marzo.

⁶⁸ *Ib.*, VI, p. 12.

Sacada de casa hacia las dos de la madrugada del 2 de octubre de 1936, tuvo su cruento final unas dos horas después, en un lugar llamado Sario entre los términos municipales de Picasent y Silla, en la carretera provincial de Madrid⁷⁰. Entre tanto los milicianos buscaron otras víctimas; un total de nueve personas fueron eliminadas aquella misma noche.

Los disparos que acabaron con su vida se oyeron hacia las cuatro de la madrugada⁷¹. Antes de ese momento se cometieron verdaderas atrocidades con las víctimas, tanto que una mujer, «una tal Matilde Romeu, que en la época roja trató con los asesinos y sus cómplices, dijo que a la Sierva de Dios le hicieron cosas tales que se avergonzaba y sentía horror de referirlas»⁷².

En las Actas del proceso hallamos un testimonio que no podemos omitir y que tiene que ver con la aparición de sor María Guadalupe a su amiga sor María Isabel Vila Serrador, la monja de Valencia que vivía enfrente de la mártir en Albal, y que se libró de la matanza por estar ausente aquella noche del pueblo:

«Encontrándome en el Asilo de los Ancianos Desamparados de Valencia, para asistir a una monja anciana y enferma, sor María Angela Jago Masiá, también ella de mi Orden, en una habitación de dos camas, a las 4 en punto de la madrugada del 2 de octubre de 1936, fecha y hora en que fue asesinada la Sierva de Dios María Guadalupe, escuché como si me llamaran por mi nombre, tres veces. Cuando lo escuché por primera vez, me quedé estupefacta, dado lo inesperado del hecho, y por miedo de que fueran los milicianos. Cuando escuché que me llamaban por segunda vez, caí en la cuenta de que era la voz de Sor María Guadalupe, y me levanté de la cama. A la tercera llamada pude ver y observar claramente que la persona que me llamaba era sor María Guadalupe; de hecho pude ver con mis propios ojos su rostro que me miraba fijamente y me dijo estas palabras: “Sor María Isabel, me han matado y estoy en el Purgatorio⁷³: encomiéndame a Dios”; y con su mirada me hizo comprender muchas cosas. La otra religiosa que estaba conmigo, no se dio cuenta de nada; de hecho yo le pregunté y me respondió que no había oído nada. Yo naturalmente, me quedé impresionada, tal y como lo estoy todavía ahora. De todo esto no hablé con nadie hasta que comenzó el Proceso»⁷⁴.

⁶⁹ Todos ellos aparecen como personas sospechosas en un documento oficial del Teniente Fiscal del Tribunal Territorial e Instructor Delegado de la Causa General de Barcelona [Dr. Vicente Calatayud Perales]: «Rafael Verdaguer Cuevas, apodado “Sarahulla”, José Cases Olmos, apodado “Casas de Catarroja”, sus respectivas mujeres, Carmen Martínez Fortea y Francisca Ballester Noguera. El primero de ellos, Rafael Verdaguer, fue ya fusilado y el otro, José Cases Olmos, está en prisión». *Ib.*, p. 115 s. La mujer de la que se habla en el texto anterior, corresponde a la segunda de las dos mujeres.

⁷⁰ *Ib.*, p. 63, ad 44.

⁷¹ *Ib.*, p. 19, ad 48.

⁷² *Ib.*, p. 6, ad 46.

⁷³ Nos resulta incomprensible tal afirmación. Es extraño que el martirio, y sobretudo la crueldad a la que sometieron a sor María Guadalupe, no tenga como recompensa el inmediato abrazo del Padre.

⁷⁴ *Ib.*, p. 20 s., ad 53.

¿Qué es lo que sucedió inmediatamente después al arresto de sor María Guadalupe en casa de su hermana Filomena? Nos lo cuenta el sobrino de la mártir, José Muñoz Ricart, que entonces tenía 19 años:

«Yo, con mi hermano más pequeño estaba en la cama en las habitaciones del primer piso [...] no nos levantamos hasta que no se llevaron a mi tía, y fuimos testigos de los lloros de mis padres. Fui corriendo a avisar a mis hermanas casadas y pude ver la furgoneta parada delante de una casa en donde vivía una Religiosa»⁷⁵.

Desde este momento, en medio del corazón de la noche, los familiares, preocupados, estudian qué hacer para ayudar, si aún es posible, a la prisionera. Todos piensan en un final trágico según las habituales y cotidianas listas de personas muertas. Dos personas, el cuñado José Sanchís García y el sobrino Antonio Vila Romero, con las primeras luces del amanecer se montan en la bicicleta para ir a inspeccionar los alrededores, precisamente de Silla, en busca de un posible hallazgo del cadáver. Llegados a un cruce, el sobrino se detiene al divisar a lo lejos una barricada y por miedo vuelve sobre sus pasos, por carecer de documentos. El cuñado, en cambio, en regla y provisto del *salvaconducto*, prosigue:

«La mañana de su muerte, hacia las 6, fui en bicicleta a buscar dónde estaba y encontré su cadáver cerca de la Torre de Espioca, al lado de la carretera provincial. Encontré el cuerpo medio desnudo; con un libro de oraciones encima, un escapulario en el cuello, y con sangre en la cabeza. No puedo dar más detalles, por la emoción y las circunstancias»⁷⁶.

El sobrino no se echó atrás. El mismo día que encontraron el cuerpo, por la tarde, se acercó a Silla en donde tenía un amigo del secretario del Tribunal, de nombre Rotilio Monforte, al que se dirigió para tener más información. Éste le dijo que en pocos días le podría enseñar algunas fotografías. De hecho, «pasados algunos días fui a verle — tal como nos lo cuenta Antonio Vila Romero — y me enseñó una fotografía en la que reconocí a mi tía. Estaba tirada por tierra, con el vestido levantado, el vientre y los genitales descubiertos, y sobre estos un libro de oraciones. Fueron tomadas otras fotografías en las que aparecía tapada»⁷⁷.

⁷⁵ *Ib.*, p. 90, ad 35.

⁷⁶ *Ib.*, p. 101, ad 48.

⁷⁷ *Ib.*, p. 105, ad 48.

¿Quién tomó las fotografías? Efectivamente las hay de dos tipos, en el primero de ellos la mártir aparece exactamente como fue encontrada, en cambio, en el segundo ya aparece cubierta. El autor de ambas es el médico legal, Dr. Delfino Martí Fosar, mandado de oficio para verificar los asesinatos denunciados aquel día. Al juez eclesiástico refirió únicamente que hizo fotografías después de cubrir por compasión el cuerpo; sin mencionar las otras.

«Fui llamado como médico legal por el Comité Rojo del pueblo de Silla para reconocer los cadáveres de las personas asesinadas por los Rojos. Fui al lugar anteriormente descrito junto al Secretario del Juzgado D. Rutilio Monforte — r.i.p.— y con el enterrador Vicente Peris y realicé el reconocimiento a una mujer, que aparentaba cincuenta años. Todavía estaba boca arriba, descubierta de la cintura para abajo, con las piernas separadas y presentaba un disparo de fusil en la zona de los genitales; si no me equivoco, diría que el disparo fue realizado después de la muerte de la Sierva de Dios⁷⁸. Hice una fotografía por mera curiosidad, tapando, por caridad, las partes íntimas; llevé el negativo a Valencia un poco después para más tarde extraer la fotografía, ahora ha servido para que la puedan reconocer las monjas y la familia. Me parece incluso recordar que tenía una herida en la cabeza, pero no podría decir en que punto exactamente. Los del Comité Rojo no demostraban más interés que el de registrar los bolsillos de los mártires para robar las cosas que llevaban encima»⁷⁹.

No sabemos con exactitud si las atrocidades descritas se cometieron estando ella todavía con vida, o si hay que considerarlas solamente como insultos al cadáver. Por desgracia, hoy estamos acostumbrados a oír la descripción de las crueldades que se cometen por todas partes: Sudán, Congo, Croacia, Bosnia, Kosovo, etc., ¡no obstante volver a escuchar tales relatos nos causa dolor! Y esto vale también para el caso del martirio de sor María Guadalupe Ricart Olmos.

Para completar la narración de los acontecimientos, añadimos además las especificaciones aportadas por el enterrador, el señor Vicente Peris Vila. De esta fuente sabemos que quien retiró el crucifijo y el libro de oraciones del cuerpo de la Beata para cubrirlo piadosamente fue el mismo enterrador. Éste igualmente precisa que «al moverla, y al levantar el cuerpo, salió abundante sangre por la herida abierta del pecho a la espalda; parecía que había recibido el impacto de frente, ya que por el pecho apenas salía sangre, mientras que salía muy abundante por el orificio de la espalda. Las heridas

⁷⁸ El médico no da ninguna explicación a cerca de la deducción de su afirmación. Hubiera sido muy oportuno que dijera el motivo por el que se inclinaba a pensar que el disparo fue realizado después de la muerte de la Sierva de Dios.

⁷⁹ *Ib.*, p.66 s., ad 51.

que tenía por el disparo que atravesaba las dos sienes, perdían poca sangre: es posible que fuera el golpe de gracia»⁸⁰.

«Yo mismo [Vicente Peris Vila] la trasladé del lugar del siniestro al cementerio de Silla y entregué el cadáver al sepulturero, para que él le diera sepultura pasadas las 24 horas. El cadáver no tenía féretro y fue depositado en la fosa común que le habían asignado. En este momento no recuerdo si el libro de oración y el crucifijo que fue encontrado sobre el vestido⁸¹ que llevaba la Sierva de Dios, fueron enterrados con el cadáver o si fueron entregados al Tribunal. En 1940 [acabada la guerra civil], a primeros de marzo o a últimos de febrero me llamaron las monjas del «Pie de la Cruz» para que les indicara el lugar donde fue enterrada la Sierva de Dios y para que trasladara los restos de la fosa a un nicho del mismo Cementerio, mientras esperaban los permisos oportunos para trasladarlos definitivamente al Convento de estas Religiosas. En aquella ocasión no hice nada más, aunque les proporcioné la caja en la que fueron colocados los restos para trasladarlos a Valencia»⁸².

Con estas últimas palabras nos introducimos en el periodo sucesivo a la guerra civil. El territorio de Valencia fue ocupado por los Nacionales de Franco en 1936, poco antes de que Madrid fuera tomada y cesara así — en marzo de 1939 — la sangrienta guerra civil. La persistencia del conflicto impidió que las monjas supervivientes pudieran reunirse. Apenas eso fue posible y el monasterio de Valencia fue acondicionado para habitarlo, el recuerdo de sor María Guadalupe, vivo en el corazón de todas ellas y motivo de amargas lágrimas, se transformó en el deseo de tenerla pronto cerca, de dar a conocer su memoria gloriosa y de proponerla como ejemplo de fe y de valor cristiano.

⁸⁰ *Ib.*, p. 66 s., ad 51.

⁸¹ A decir verdad, nos encontramos ante una mentira piadosa: por desgracia el crucifijo no estaba sobre el vestido (entre otras cosas porque éste había sido retirado, como se ha dicho anteriormente), sino en las partes íntimas abiertas por un cuchillo asesino. Digo esto para ser exacto, aunque la crudeza de esta precisión entristezca profundamente el ánimo no sólo de quien escribe sino, imagino, también de quien lee.

⁸² *Ib.*, p. 69 s., ad 52.

EL RECUERDO DE SOR MARÍA GUADALUPE

Cuando a finales de marzo de 1939, Madrid fue conquistada y las armas callaron, la paz alcanzada se cernía sobre los conventos, casas abadías, arzobispados e iglesias incendiadas. Archivos destruidos, memorias custodiadas con amor durante siglos, aniquiladas por un furor y un odio que bien podrían haberse fijado en otro objetivo.

Pero el límite real de la desolación para ambas partes, y también esto hay que decirlo, traspasaba los corazones. Vencedores y vencidos fueron obligados a hacer un sincero examen de conciencia y a reconocer que habían humillado y envilecido al hombre que todos llevaban dentro.

Cuando las monjas de Valencia se encontraron ante las ruinas de su monasterio, el mayor dolor no fue contemplar las paredes quemadas y las vigas inservibles, lo que les causó una profunda tristeza fue haber perdido el inconfundible semblante, dulce y austero, de sor María Guadalupe. Ella no volvió ya con la comunidad para retomar el ritmo de la liturgia coral, del *Via Crucis* y del *Via Matris* cotidianos, y su bonita y entonada voz ya no volvió a resonar bajo las restauradas bóvedas de la capilla de la comunidad. Con silencioso pesar se mantuvo su sitio vacío en el coro y en el refectorio, como si se tratase del lento sonido del toque a difuntos de una campana.

Con todo, aquel recuerdo inundaba los corazones de las hermanas de dulzura y de nostalgia y, a pesar de ello, recordar a sor María Guadalupe las estimulaba, a cada una de ellas, a tener valor.

Las palabras que durante años le gustó decir: «¡Ofrezcámonos víctimas! ¡Qué dicha morir por Cristo!» aún resonaban, grabadas en el corazón y en la memoria, como monumento de amor y señal para todas de mayor compromiso.

No nos extraña que, movidas por el deseo de recobrar lo antes posible los restos mortales de sor María Guadalupe, a duras penas levantado el convento, las monjas se volcaran en recuperar a la *mártir*: así ellas la consideraban ya.

Para esta misión fue elegida sor María Isabel Vila Serrador de Albal, la única religiosa del pueblo que se libró casualmente del martirio, pues ella, más que el resto de las hermanas, estaba al corriente de los últimos acontecimientos de la vida de sor María Guadalupe Ricart Olmos. Baste pensar que uno de sus primos hermanos, Manuel Vila, había formado parte de la patrulla asesina y que por ese motivo fue fusilado. Como él,

una mujer de Catarroja, apodada la «Barquera», corrió la misma suerte⁸³. Estos datos nos pueden dar una idea del clima de miedo y complicidad reinante entre la gente y de como era difícil lograr averiguar toda la verdad.

Hacia el final del mes de febrero del 1940, sor María Isabel se dirigió a Vicente Peris Vila, que en el año 1936 había dado la debida sepultura a la mártir, para que le dijera en cuál de las fosas comunes había sido enterrada sor María Guadalupe, con el fin de trasladar los restos a un nicho dentro del mismo Cementerio, mientras esperaban el permiso necesario para llevarlos definitivamente, al convento de *Al Pie de la Cruz* de Valencia. Todavía hoy se leen con emoción las palabras dichas al juez eclesiástico por sor María Vicenta Sanchís Aguado, una de las últimas monjas, que antes del martirio, pudo ir a Albal para ver a la Sierva de Dios:

«Algo después fui con otras Monjas del convento al cementerio de Silla para llevarnos los restos de Sor Guadalupe a nuestro Monasterio. Estaba en la fosa común, pero la reconocimos perfectamente por la cara»⁸⁴.

Más tarde, el 2 de marzo de 1940, obtenida ya la correspondiente autorización y preparada la caja, los restos fueron llevados al monasterio de Valencia⁸⁵.

¡Todo esto ocurrió tan sólo un año después del final de la guerra civil! Pero hay más. En 1938, mientras aún arreciaba la lucha entre Rojos y Nacionales, el capítulo general de los Siervos de María celebrado en Roma el 7 de junio de aquel año, expresó su deseo de que la Orden volviese a España. Este era el vivo deseo que nuestra mártir había manifestado con frecuencia durante su vida y que se concretó como algo posible transcurridos apenas unos meses de su cruel sacrificio. De esta manera se cumplía su ofrecimiento, tal y como nos lo asegura sor María Vicenta Sanchís Aguado: «Se ofreció como víctima al Señor para que los Religiosos [Siervos de María] volvieran a España»⁸⁶.

El retorno de los frailes Siervos de María tuvo momentos difíciles debido a la persistencia de la segunda guerra mundial, a la que Italia se adhirió el 10 de junio de 1940. Al principio se pensó en enviar a dos frailes de la Provincia piemontesa desde

⁸³ *Ib.*, p. 21, ad 57.

⁸⁴ *Ib.*, p. 27, ad 52.

⁸⁵ *Ib.*, p. 70, ad 52.

⁸⁶ *Ib.*, p. 27, ad 57.

Argentina para iniciar la refundación española, pero el viaje resultó imposible a causa de los enfrentamientos bélicos, que aconsejaron otra solución. Quienes solicitaron con premura la llegada de los frailes Siervos de María fueron algunos obispos españoles, cuyo clero había sido diezmado por la furia de los rojos. La petición del Arzobispo de Toledo fue satisfecha en la primavera del año 1943⁸⁷, cuando el 11 de marzo, el Prior general P. Alfonso M^a Benetti, a bordo de un avión viajó hasta Madrid con los tres primeros religiosos, a los que había encomendado la misión de refundar la Orden en territorio español.

Pero volvamos a nuestro tema. Las monjas colocaron como pudieron los restos de sor María Guadalupe en el monasterio, pero no en su lugar definitivo, pues era preciso acondicionar un lugar mejor. La causa de su colocación provisoria hay que achacarla esta vez al Ayuntamiento de Valencia, que pretendía reestructurar todo el centro urbano, aprovechando los destrozos provocados por la reciente guerra civil. El nuevo Plan Regulador previó la expropiación del monasterio. Así que las monjas se encontraron en apuros. Afortunadamente la familia de don José Vergés salió al encuentro de sus necesidades dejándoles en herencia un patrimonio⁸⁸, que consistía en un terreno situado en Mislata, un pequeño pueblo en las cercanías de Valencia. El 25 de diciembre de 1941 el reducido número de monjas servitas se trasladó a su nueva residencia llevándose consigo los restos mortales de la venerada Madre Guadalupe, que fueron sepultadas en el cementerio del convento⁸⁹.

El cambio de residencia de las monjas no pudo ser de otra forma que incluyendo el traslado de los huesos de la Beata María Guadalupe. En este momento todas las monjas sentían ya un fuerte apego a las reliquias de la mártir, y sentían que su hermana estaba todavía más viva, silenciosa y presente que antes, en el transcurso de las jornadas monásticas.

Al cariño y a la veneración de las monjas se fue uniendo la devota admiración de quienes conocieron la santidad de vida que llevó la Sierva de Dios, considerando la

⁸⁷ A continuación ofrecemos la lista de los conventos, incluido el año de su fundación, que los frailes Siervos de María abrieron en España. El asterisco indica los conventos todavía abiertos: Puente del Arzobispo (Toledo) 1943; Quart de les Valls (Valencia) 1944; Catarroja (Valencia) 1947; Fuensalida de la Sagra (Toledo) 1948; Denia* (Alicante) 1948; Villanueva de la Sagra (Toledo) 1948; Madrid* 1949; Valencia* 1950; Plasencia 1954; Tuy (Pontevedra) 1956; Ginebra (Suiza) 1958; Plasencia* (S. Puerto) 1959; Orense 1962; Yecla (Murcia) 1963; Orduña (Vizcaya) 1964; S.S. de los Reyes (Madrid) 1976; Matola* (Mozambique) 1984.

⁸⁸ Dato extraído de un documento perteneciente al archivo general de la Orden. El título del documento es el siguiente: El Monasterio Servita de Nuestra Señora al Pie de la Cruz, por Manuel Andrés y Ferreira.

⁸⁹ *Ib.*, VI, p. 37.

muerte de sor María Guadalupe una auténtica prueba de verdadero martirio, digno de ser reconocido como tal por la Iglesia y de ser propuesto como modelo para los fieles. La certeza de la santidad de María Guadalupe Ricart Olmos será tan fuerte que hubo quién no dudó en recoger un poco de la tierra empapada con la sangre de la mártir, para conservarla en un frasco como si fuese una reliquia sagrada⁹⁰.

La llegada de los Frailes Siervos de María en 1943 supuso un impulso significativo. El deseo de la Beata María Guadalupe realizado tan rápidamente, aportó mucha alegría y entusiasmo a los tres Monasterios de Madrid, Sagunto y Mislata. Para este último, la llegada de los frailes constituyó un punto de referencia para el inicio del proceso sobre el martirio de sor María Guadalupe.

De hecho, seis años después de la llegada a España de los Siervos de María, el Comisario provincial, P. Anselmo M^a Peaquin, encargó al P. Francisco M^a Garelli recoger datos sobre la vida y martirio de sor María Guadalupe. La iniciativa pone en evidencia el grado de admiración, reconocimiento y devoción que la santidad de esta monja ejercía también entre los frailes.

Asignado a la comunidad de Madrid, es decir, lejos del lugar en donde acaecieron los trágicos momentos del cruel suceso, el P. Francisco M^a Garelli contactó con los principales protagonistas de la vida de la mártir: las monjas de Valencia, los familiares de la mártir, el enterrador, el secretario del ayuntamiento para obtener un extracto del hallazgo del cadáver, el médico forense (que no solo dejó las fotografías tomadas en 1936, sino que supo indicar el nombre del asesino y confirmó la presencia de la mujer en el momento del martirio, dato que por miedo había ocultado: en efecto, se corría el peligro de ser procesado por tales cosas).

La relación del P. Garelli, con fecha del 26 de noviembre de 1951, fue mandada al postulador general de la Orden, el P. Felipe M^a Ferrini. En aquellos días la Orden estaba viviendo, por así decir, la vigilia de la beatificación del P. Antonio M^a Pucci, celebrada el 22 de junio de 1952; no obstante el postulador, a pesar del exceso de trabajo organizativo de dicho acontecimiento extraordinario, se preocupó también de los problemas suscitados por la relación. De hecho, en un segundo momento él nombró como vicepostulador de la Causa al P. Felix M^a Maletto, que en 1957 recogió ocho inestimables testimonios, utilizados sucesivamente por él mismo para escribir un breve perfil de la mártir, en lengua española.

⁹⁰ *Ib.*, en *Summ. super causae introductione*, p. 57, ad 43-52. Se trata del testimonio del Dr. Gregorio Lluç Gallent.

El 24 de enero de 1958, en el palacio Arzobispal de Valencia tuvo lugar el inicio del proceso para la declaración del martirio de sor María Guadalupe. El proceso informativo se concluyó el 21 de junio de 1958 con la consiguiente transferencia de la documentación a la Congregación para las Causas de los Santos, y en cuya Cancillería fue depositado el 18 de agosto del mismo año.

También es obligado citar otras dos exhumaciones de los restos de sor María Guadalupe. La primera fue en enero de 1958 con ocasión del inicio del proceso de beatificación y canonización de la Sierva de Dios⁹¹. La segunda fue el 20 de junio de 1959 con motivo de la solemne deposición de los restos mortales de la Madre Guadalupe en la Iglesia de la comunidad. La crónica inicia se este modo:

«Extraído el féretro del sepulcro conventual, fue abierto en el coro bajo de la comunión, al lado del Altar mayor. El esqueleto estaba bastante deteriorado por la excesiva humedad de la cripta. Según el parecer de los Sres. Jueces, que intervinieron en enero de 1958 en una situación análoga, los Restos de la Sierva de Dios parecían estar en peores condiciones»⁹².

De las 16.00 horas del domingo 21 de junio hasta las 17,30 «los fieles y los devotos de la mártir» pudieron venerar sus reliquias, luego se formó una procesión que, mientras cantaba el Miserere, se dirigió desde el Monasterio hasta la Iglesia Parroquial de Mislata en la que se bendijo el féretro. Acto seguido se devolvieron triunfantes los restos mortales a la iglesia de las monjas mientras se cantaba solemnemente el Benedictus. En la procesión, además de la participación de su hermana Filomena y de los familiares más directos de la Beata, venidos de los alrededores de Albal y Sagunto, estaban presentes los frailes Siervos de María de España, las Hermanas Siervas de María Mantellate de Pistoya de los conventos de Patraix y Alfafar, y las Hermanas Siervas de María de Jolimont del convento de Córdoba. «Participaron algunos grupos de la Tercera Orden: el de Santa Teresa de Jesús (Valencia) con su estandarte, el de Quart de Les Valls e incluso el de la lejana Denia»⁹³.

Terminado el Sacrificio Eucarístico celebrado por el Comisario de España, P. Anselmo M^a Peaquin, la urna fue colocada en un nicho situado en el muro del lado del

⁹¹ *Ib.*, VI, p. 41.

⁹² *Ivi.*

⁹³ *Ib.*, VI, p. 42.

Evangelio y cubierta con una lápida de mármol oscuro con la inscripción: «La Sierva de Dios M. M^a Guadalupe Ricart Olmos O.S.M. 2-X-1936».

Era la primera vez que la familia servita participaba con una considerable presencia a una manifestación en honor de la que tanto había hecho y rogado, para que la Orden de los Siervos de María encontrase de nuevo en tierra española la posibilidad de expresar su particular carisma.

Desde 1964 hasta 1980 todas las causas españolas relativas a los mártires de la guerra civil, fueron paralizadas por instancias superiores. Después de aquel periodo el proceso de Sor María Guadalupe pudo retomar el cauce ya iniciado, hasta obtener, el 28 de junio de 1999, el decreto papal de reconocimiento del martirio y la celebración de la solemne beatificación de la Sierva de Dios, el 11 de marzo del año 2001.

* * *

El semblante espiritual de la Beata María Guadalupe Ricart Olmos se nos muestra nítidamente con una singular fuerza. El martirio corona así una existencia dedicada completamente a Dios según las más genuinas tradiciones de nuestra Orden.

La dimensión contemplativa se puede resumir en su actitud de recogimiento en oración según las grandes líneas de la espiritualidad servita: la meditación amorosa de la Pasión de Jesús y la íntima participación en los dolores padecidos por la Virgen al pie de la cruz del Señor. Los momentos preferidos por ella, cuando se hallaba libre de otras tareas comunitarias, fueron las horas nocturnas de mayor silencio y soledad. Era entonces cuando todo asumía el cariz de lo Eterno y la contemplación divina adquiría las amplias dimensiones del horizonte mismo de la Iglesia.

Otra dimensión igualmente importante es el amor apasionado que nutría por sus hermanas de comunidad. No fue un amor derivado de la *carne* o de la *sangre*, sino que su amor manaba directamente, como de una fuente, del amor al corazón de Cristo y tal era su último propósito. Completamente opuesta a lo que se podría definir como una santidad oscura y rigurosamente rígida; la santidad de la Beata María Guadalupe fue una santidad serena, exigente consigo misma, pero comprensiva y dulce con los demás, no admitiendo falsas escapatorias al compromiso asumido desde el principio. Su sonora carcajada se entremezclaba así con su inclinación a la penitencia, al uso escondido del cilicio, a una sed de inmolación en la cual la mirada se elevaba más allá de las cosas

pasajeras para fijarse en la visión de la Gloria de Dios. En esa visión estaba también presente la angustia por los trágicos momentos que atravesaba su Patria, la necesidad de inmolarse por sus propios hermanos, el intenso deseo de ser de Cristo y de dar testimonio de Él hasta el derramamiento de su sangre si fuera necesario. Por encima de todo esto el conocimiento de su propia debilidad y miseria, la conciencia de la imperiosa necesidad de la fuerza que viene de Dios para poder afrontar la maldad humana. Además de su voluntad de ser ejemplo para los otros, de animar a los titubeantes, de no tener miedo a las dificultades, y su plena certeza de que el Amor le daría, en el momento oportuno, todo lo necesario para serle fiel.

Ahora que el sacrificio de sor María Guadalupe ha recibido de la Iglesia el máximo reconocimiento, nos recogemos en oración ante su sepulcro, para pedirle a Dios la misma fortaleza que ella tuvo, a fin de que , en nuestros días, cada uno pueda afrontar sus propias dificultades y se esfuerce en conseguir una íntima unión con Él.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Positio super Martyrio*, Congregatio de Causis Sanctorum, Roma 1996.
2. *Relatio et vota Congressus Peculiaris super martyrio die 2 decembirs an. 1998 habiti*, Roma 1999, pp.34.
3. J. FERNÁNDEZ ALONZO, *Spagna, Martiri della guerra di*, in “Biblioteca Sanctorum – Prima Apéndice”, ed. “Città Nuova”, Roma 1987, coll.1291-1308.
4. V. LORENTE PÉREZ, *La Provincia Española O.S.M. el el s. XVII, Según un manuscrito de Fco Epifanio Cedó (para obtener el diploma en historia y espiritualidad O.S.M.)*, Roma 1995.
5. *La «Legenda de origine Ordinis» dei Servi di Maria*, a c. E. Toniolo, Roma 1982, pp. 239.
6. *El Monasterio servita de Nuestra Señora al Pie de la Cruz*, por Manuel Andrés y Ferreira, impreso presente en la respectiva carpeta del archivo general de depósito.
7. A. M. ROSSI, *Manuale di Storia dell’Ordine dei servi di María (MCCXXXIII-MCMLV)*, Roma 1954, pp.898.
8. V. BENASSI – O.J.DIAS – F.M. FAUSTINI, *I servi di María, Breve Storia dell’Ordine*, Roma 1984, pp. 262.
9. G. M. BESUTTI, *Pietà e Dottrina Mariana nell’Ordine dei servi di Maria nei secoli XV e XVI*, ed Marianum, Roma 1984, pp. 126.